

do hablo contra el error, llamándolo por el nombre con que le ha condenado la Iglesia. Yo no me meto en cuestion alguna meramente política. A nadie intento herir, á todos aprovechar.

Por amor al que yerra me tomé este trabajo para mí no pequeño: tan léjos estoy de querer mal á nadie ni de pretender insultarle. Si procuro desenmascarar el error y el vicio presentándole en toda su deformidad, es para que tú, caro lector, si te reconoces retratado en el cuadro, te enojas, no contra el pintor, sino contra tí que tan feo original le ofreces.

Esto dicho, y contando con tu benevolencia, entraremos en materia bajo la forma de diálogo que en asuntos doctrinales es la más acomodada y fácil.

Algunas cosas que se dicen propias de España, cada cual, fuera de ella, las puede aplicar, atendiendo á las circunstancias, al país donde viva, siempre con el ojo á lo que para todos los paises enseña la santa Iglesia.



PARTE PRIMERA

sobre lo que ha de «creer» el cristiano.

DIÁLOGO I

Fé. — Iglesia. — Discusion. — Misterios. — Milagros.

FÉ

Discipulo. La autoridad que os dá vuestro carácter sacerdotal y vuestra ciencia me anima y estimula á pedir os un favor.

Maestro. Pedid y recibireis, os digo con el divino Maestro.

D. Por Dios, no me trateis con ese respeto. Habladme como á un hijo con gran confianza.

M. Sí lo haré.

D. Por lo demás, yo no soy un incrédulo, pues admito cuanto la Iglesia enseña. Soy uno de tantos católicos que estudiaron la doctrina en las escuelas,

la entendieron bien ó mal, cerraron el libro al salir de allí para no volver á abrirlo; se dedicaron á un arte para ganar su vida, y punto concluido. Llevo sin embargo una ventaja á la generalidad, y es que leo buenos libros y oigo sermones; y así entre los de mi pelo paso por un Salomon. Mas conozco que no sé lo bastante para poder contestar á todo lo que por ahí se oye, y tapar la boca á tanto pedante que habla, por boca de ganso, de lo que no sabe. ¿Tendríaís la amabilidad de instruirme, dándome nociones claras sobre los puntos que ignoro?

M. Con mucho gusto, querido; empieza por donde quieras.

D. Empiezo por aquello que dice el catecismo; «Quá cosa es fé? Creer lo que no vimos.» A esto dicen algunos que ya en este siglo tan adelantado no se ha de creer sino lo que vemos. ¿Qué se responde á eso?

M. Que si tienen por nueva esa doctrina, se han olvidado de que es tan vieja como el mundo. ¿Qué doctrina enseñó Lucifer á nuestra madre Eva? Que no creyesen á Dios, que comiesen del fruto vedado, y lo sabrían todo, y nada tendrían que creer, pues lo verían todo por sí mismos.

D. Con qué ¿del infierno ha salido esa doctrina?

M. Por eso es fácil refutarla. ¿Crees que existe Roma?—Sí.—La has visto?—No.—Luego crees lo que no has visto. Mas no solo es absurdo, sino también impío ese lenguaje, pues rehusa creer al que es verdad infalible.

D. Dicen que Dios nada les ha dicho, y que quien propone las cosas de fé son los clérigos.

M. Es decir, la Iglesia; porque ¿qué otra cosa son los clérigos, sino ministros suyos? Pues á la Iglesia ha hablado Dios en todo tiempo por sus profetas; y en

especial al fundar la ley nueva, por su boca enseñó á los Apóstoles el Hombre-Dios lo que habian de trasmitirnos al través de los siglos.

IGLESIA

D. Otra cosa he oido decir á los evangélicos: que todas las iglesias son de Cristo, y que lo mismo dá ser católico que protestante.

M. Eso bien conoces que no puede ser. No pueden ser de tu padre dos cartas que se contradicen una á otra; ni pueden venir á verte de su parte dos amigos que dicen todo lo contrario el uno del otro; el uno que ha estado en Roma, el otro que no.

Una religion enseña que hay infierno eterno, otra que no; una que Cristo es Dios, otra que es puro hombre. ¿Pueden ser iglesias de Cristo las dos, y tan buena la una como la otra?

D. De ningun modo; y me confirmo en lo que aprendí desde niño, que la única Iglesia de Cristo es la congregacion de los fieles cuya cabeza es el Papa.

M. Y si algun evangélico te preguntase en que conocías que el Papa era el único maestro que enseñaba la doctrina de Cristo, ¿qué dirías?

D. Yo le diría que así me lo habia enseñado mi cura que lo había estudiado bien, y así mis padres que estaban bien enterados; que así lo habian creido siempre mis paisanos desde Santiago, y los pueblos cultos desde que se les predicó la fé; que así lo habian creido los hombres mas sábios y los Santos todos, y que innumerables personas habian sellado esa fé con su sangre. Tambien le diría, pues sé algo de historia, que con esa fé reconquistaron nuestros abuelos, al

cabo de ocho siglos de guerra, nuestro suelo usurpado por los moros, y recientemente lo arrancaron de las manos del tirano de Europa, Napoleon 1.º Les diría que ayudados de esta fè conquistaron nuestros padres un nuevo mundo, y que el celo que desplegaron en conservarla preservó á España de los horrores que vieron otras naciones, como Inglaterra, Francia y Alemania, hace tres siglos.

M. Muy bien: no se puede exigir más del que no ha estudiado teología. Pero si hablas con evangélicos, que deben respetar el evangelio, no necesitas gastar tanta saliva. Allí siempre dice Cristo mi Iglesia, no mis iglesias. Luego no hay más que una Iglesia de Cristo. Para distinguirla nos dá el Señor un medio que está al alcance de todos. Quién es su cabeza? Cristo es cabeza invisible; mas un cuerpo visible debe tener una cabeza visible. Cabeza visible fué nombrado por el mismo Cristo, ántes de volverse al cielo, San Pedro, con sus sucesores, como es natural, pues si no tuviera sucesores duraría más la vida del cuerpo que la de la cabeza. Los sucesores de San Pedro son los Papas. Luego la Iglesia que tenga por cabeza al Papa, esa es, segun el Evangelio, la Iglesia de Cristo. (1)

Y los herejes, ¿qué maestros tienen? Si son arrianos, tienen á Arrio, si pelagianos, á Pelagio, pues suelen tomar los nombres de sus jefes; aunque algunos toman el nombre de su herejía, y de aquí los Substanciaris, Accidentarios, Antelapsarios, Postlapsarios, Puritanos, Ritualistas etc.

Atestigua el cardenal Belarmino en su libro 4.º cap. 10 sobre las notas de la Iglesia, que cuando él escribía en 1603, es decir, en menos de un siglo, de solo la secta de Lutero se habian formado otras ciento de

(1) Mat. 16; 10, 21.

dogmas entre sí contrarios. De entonces acá no puede contarse su número; y lo que es más, si los protestantes fuesen lógicos, cada uno de ellos debiera formar una secta. En efecto, admitido el principio del libre exámen, cada uno tiene derecho de interpretar la sagrada Escritura á su modo, y de formarse una religion distinta de la de todos los demás protestantes.

D. ¿Por qué, pues, se llaman Luteranos, Calvinistas y Zuinglianos los que no admiten ya la autoridad de sus maestros?

M. Respondan ellos. Yo lo que puedo decirte es, que semejantes nombres son un padron de ignomia, pues las historias más autorizadas, y entre ellas muchas escritas por los mismos herejes nos pintan á Lutero y comparsa como hombres sin costumbres, y hasta sin vergüenza.

En la Biografía universal de Feller se llama á Lutero, «monje apóstata y corruptor de una monja, comedor y bebedor, insípido y grosero farsante que no perdona ni á Rey ni á Papa; de un temperamento de energúmeno contra el que osaba contradecirle.» Tal fué el primer corifeo de la reforma.

D. ¡Buen apóstol de Cristo! Imposible parece que hombre tan despreciable haya tenido tanto séquito.

M. No te parecerá tan extraño, si te hicieres cargo de varias circunstancias que pondera Balmes en su *Protestantismo comparado con el catolicismo*: 1.º de la época en que vivía; 2.º de lo alhagüenas que eran sus doctrinas; 3.º de lo mucho que le ayudaron los príncipes seducidos con los bienes de la Iglesia que les ofreció, y los clérigos cansados del celibato, que aspiraban á las bodas. Propagar una idea con oro y armas, y apelando á las pasiones de los hombres, es cosa fácil. Propagar una religion que no transija con vicio alguno, y propagarla nó matando, sino

muriendo, no ofreciendo oro, sino pobreza, no comodidad, sino persecucion, es obra de solo Dios.

D. Y creen los protestantes todo eso que se dice de Lutero?

M. Tanto lo creen, que algunos escritores suyos por disimular un poco tanta ignominia, han ideado achacarle un ramo de locura. Otros hallaron más expedito dejarse en el tintero las cosas que más le desacreditan. Pero no logran nada, mientras subsistan las obras del mismo Lutero impresas pocos años despues de su muerte, en Jena el año 1556, y en Wittemberg el año 1572, de donde estan sacadas en gran parte sus biografías. Y aunque pereciesen todas las obras de Lutero, no perecerían las refutaciones que á millares se han escrito de sus errores, y nos ahorran el trabajo de leer las tales obras.

D. Y creis vos que estuviese loco Lutero?

M. Solo puedo decirte que el año 1874 salió á luz en Milan (1) una obra alemana del doctor Schoen profesor en un colegio de Medicina, el cual compara la enagenacion mental de Lutero á la de un sonámbulo, ó de un beodo. Estaba loco por intervalos, segun el autor, el cual añade que, siendo en parte voluntaria su locura, no le quitaba la responsabilidad de sus actos.

Cuanto he dicho de Lutero conviene con pocas variantes á los demás jefes de la herejía.

D. A eso dicen que tambien hay predicadores católicos de malas costumbres.

M. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? Aquí hablamos de los que fundan una religion en la tierra, que han de probar ante todo que son enviados de Dios, con su santidad y pureza de vida. Para fundar una nueva religion, ¿iba Dios á mandar por legado

(1) Librería de Ditta Giacomo Agnelli.

suyo á un borracho? ¿Se ha visto jamás que los que han plantado la fé en algun país idólatra hayan sido peores que los gentiles á quienes convertían? Lo primero que ha llamado siempre la atencion á los salvajes, ¿no ha sido la abnegacion de los misioneros?

Plantada ya la fé y arraigada en un pueblo, que haya entre muchos sacerdotes alguno que obre mal, no prueba sino que el carácter sacerdotal no hace al hombre impecable. Por otra parte, si predica bien y obra mal, su doctrina le condena, y estamos en el caso de aplicarnos las palabras del Evangelio: *haced lo que mandan, y no lo que hacen.*

Qué tiene que ver esto con lo que achacamos á los protestantes? Sus Padres y Patriarcas han sido tan perversos, que para cohonestar un poco su proceder escandaloso, enseñaron doctrinas más escandalosas aún.

D. Querría saber algunas de estas doctrinas.

M. De Lutero son los artículos condenados por Leon X en 15 de Junio de 1520, en los que dice que se han de desear más bien que temer las excomuniones; que cada cual puede creer lo que le parezca, aunque lo haya reprobado un concilio. De Lutero es la gran máxima de que basta la fé sin obra buena ninguna para salvarse, lo cual quiso confirmar con la autoridad de San Pablo, y para esto añadió una palabra que San Pablo no puso, que es el adjetivo *sola* aplicado á la fé. Preguntáronle los suyos por qué habia añadido aquella voz, y les contestó que porque le daba la gana, y que no respondieran más á los católicos que hiciesen la misma pregunta, porque un papista y un asno eran la misma cosa.

D. Imposible parece que no guardase más decoro el que se arrogaba tal mision como la de reformar la Iglesia. Parecen inventadas ciertas doctrinas que le achacan.

M. No cabe invencion donde se dan pruebas. Millares de obras citan todo lo que de él has oido. Ahí están los anales de Baronio continuados por Bzovio hasta el año 1572, y su compendio formado por Spandano obispo de Pamiers calvinista convertido, el cual llega hasta el año 1640. Ahí están las historias eclesiásticas de Rohrbacher y de Wouters y muchos escritos de Perrone con documentos auténticos.

D. Parece imposible que haya un protestante bueno, profesando tales doctrinas.

M. Lo que te puedo decir es que por malos que sean, siempre son mejores que sus doctrinas. Pero al fin, el mal árbol ha de dar malos frutos. Cuán diferentes los ha dado nuestro suelo donde nunca se han aclimatado las herejías! Vé esos siete discípulos de Santiago que fecundaron esta tierra de mártires, y los muchos santos que vió nacer nuestra pátria desde aquellos fundadores de la religion hasta los Fernandos é Isidoros, los Ildefonsos y Vicentes, los Leandros y Fulgencios y Braulios, los Domingos de Silos y Guzman; y en el siglo mismo de Lutero, los santos fundadores Ignacio, Teresa, Juan de la Cruz, Juan de Dios, José de Calasanz, Pedro de Alcántara y Juan Bautista de la Concepcion, con los Santos Francisco Javier y Borja, Tomás de Villanueva y Miguel de los Santos; Alonso Rodriguez, Pedro Claver, y otros.

D. ¿Y qué dicen á eso los Protestantes?

M. Nada, rehuyen esas cuestiones. Su terreno es el de las *dificultades*, para ver como enredan á los católicos. ¿Por qué no se permite leer la Biblia? ¿Por qué no se han de casar los sacerdotes? ¿Por qué adorar á los santos?

D. Ya que citais esas dificultades, tened la bondad de darme la solucion de ellas, aunque sea de paso.

M. La Sagrada Escritura es un libro profundo y

muy difícil á veces de entender. Resulta de aquí que cada uno cree hallar en ella lo que le hace al caso, y así no ha habido hereje que no haya sacado su sistema de algunos textos de la Biblia. Era necesario un juez en la interpretacion de la Escritura, y este juez es la Iglesia docente que tiene especial asistencia del Espíritu Santo. (1) Toca, pues, á la Iglesia poner las condiciones bajo las cuales se puede leer, dar aclaraciones de ciertos textos, y aprobar las ediciones que pueden andar en manos de los fieles. Ya tienes resuelta la primera dificultad. La segunda apenas merece llamarse tal. A nadie se obliga á casarse, ni tampoco se impone á nadie la virginidad. El que quiera ser sacerdote ó religioso sepa que abraza un estado de perfeccion que pide continencia, y *scienti et volenti non fit injuria*. La tercera dificultad es mas sencilla aún, porque no está prohibido dar culto á los santos, y es justísimo hacerlo (2).

D. Pero ellos ensartan una porcion de dificultades que al fin le hacen á uno dudar de todo.

M. Atájales con esta respuesta: *Doctores tiene la santa Iglesia*.

DISCUSION

D. No hay mas remedio que enviarlos á los doctores, cuando no sabe uno responder. Pero ¿á qué doctores los mandaremos?

M. En cualquier biblioteca regular se encuentra á San Agustín, Santo Tomás y otros. Pero como estos infólios espantan á los sábios de medio pelo, se les pueden proporcionar obras manuales del día como la

(1) Mat. c. 28.

(2) Véase 2.ª parte, Diál. 3.º, Imágenes.

Regla de fé, de Perrone; las *Respuestas populares* del Padre Franco; las de Monseñor Segur, etc.

D. Está bien, pero con esa modestia por parte nuestra no impedimos que nos llamen ignorantes, y que digan que no conocemos nuestra religion.

M. Como si los pueblos herejes entendieran mucho de la suya. En las *Respuestas* de Franco se prueba, con datos oficiales, hasta dónde llega la crasa ignorancia del pueblo bajo en Inglaterra. Se encuentran, segun él, en aquella nacion jóvenes casaderos á millares que no saben palabra de la Encarnacion del Verbo, nada de las divinas Personas. Centenares de mineros respondieron á la Comision que lo atestigua, que no sabian qué libro era el Catecismo, ni qué significaba la Santa Cruz. Pues de esa cantera salen los que, leyendo la Biblia, vienen á preguntar á nuestros católicos lo que ellos no entienden; y acuden á los ignorantes siempre, nunca á los doctos.

D. ¿Con que nos aferraremos en no disputar con ellos, y en oírlos como quien oye llover?

M. Bien les puedes decir: Amigos míos: ¿no sois vosotros gente que come, bebe, viste, calza, y tiene haciendas?—Sí.—Decid pues ¿cómo se siembra, siega, planta y vendimia; cómo se producen y fabrican la seda, el algodón, el lino y la lana; cómo se guisan los manjares, cómo se edifican las casas? Lo regular es que de nada de esto entiendan palabra, porque lo uno toca al labrador, lo otro al fabricante, esto al cocinero, aquello al arquitecto, y os dirán: A mí me basta el testimonio de los peritos, mi buen sentido con el apoyo de los muchos que se valen de tales personas, consumen tales géneros, compran en tales tiendas, y gracias que sepa dar buena cuenta de mi profesion de abogado, médico, ó lo que sea. ¿No es esto lo que dirian?

D. Eso debian decir por lo menos. A no ser que de todo entendiesen por haber estudiado de todo.

M. Luego, para hablar de todo, hay que haber estudiado de todo. Corriente. Luego vengamos á nuestro cuento, y hagamos la aplicacion. O más bien, oigamos á San Jerónimo que nos la da ya hecha. Así escribia á Paulino sobre esta materia: «Omitiendo á los gramáticos, retóricos, filósofos, geómetras... cuya ciencia es utilísima, paso á las artes menores que no tanto se ejercitan con la lengua como con la mano. Los labradores, albañiles, herreros... no pueden llegar á ser lo que desean, sin que les enseñe un maestro. Cada uno trata de lo que toca á su oficio. Sólo el arte de las sagradas Escrituras es el que todos quieren apropiarse... La vieja parlera, el viejo chocho, el charlatan sofista, todos creen poder hablar de la Escritura sagrada, estropeándola, por supuesto, cuando sin aprenderla la enseñan. Unos frunciendo las cejas, y midiendo sus altisonantes palabras, filosofan entre mñerzuelas sobre las sagradas letras. Otros aprenden de ellas lo que luego enseñan á los hombres.» Y recorriendo el Santo los varios libros sagrados, pondera las dificultades que ofrece cada uno, y algunos en especial que encierran tantos misterios como palabras, y más aún, pues cada palabra envuelve muchas inteligencias. «No soy tan presumido, dice, que me atreva á asegurar que los entiendo; solo confieso que lo deseo.»

D. Es una tontería hablar de lo que uno no entiende. Mas decidme ahora, ¿cómo se tatará la boca á los que abogan por el principio de libre discusion para formarse las convicciones religiosas?

M. Distingamos. Ó se trata de católicos, ó de herejes. Si de católicos, no es lícito tal principio; si de herejes, disputen cuanto quieran. Razon. El católico